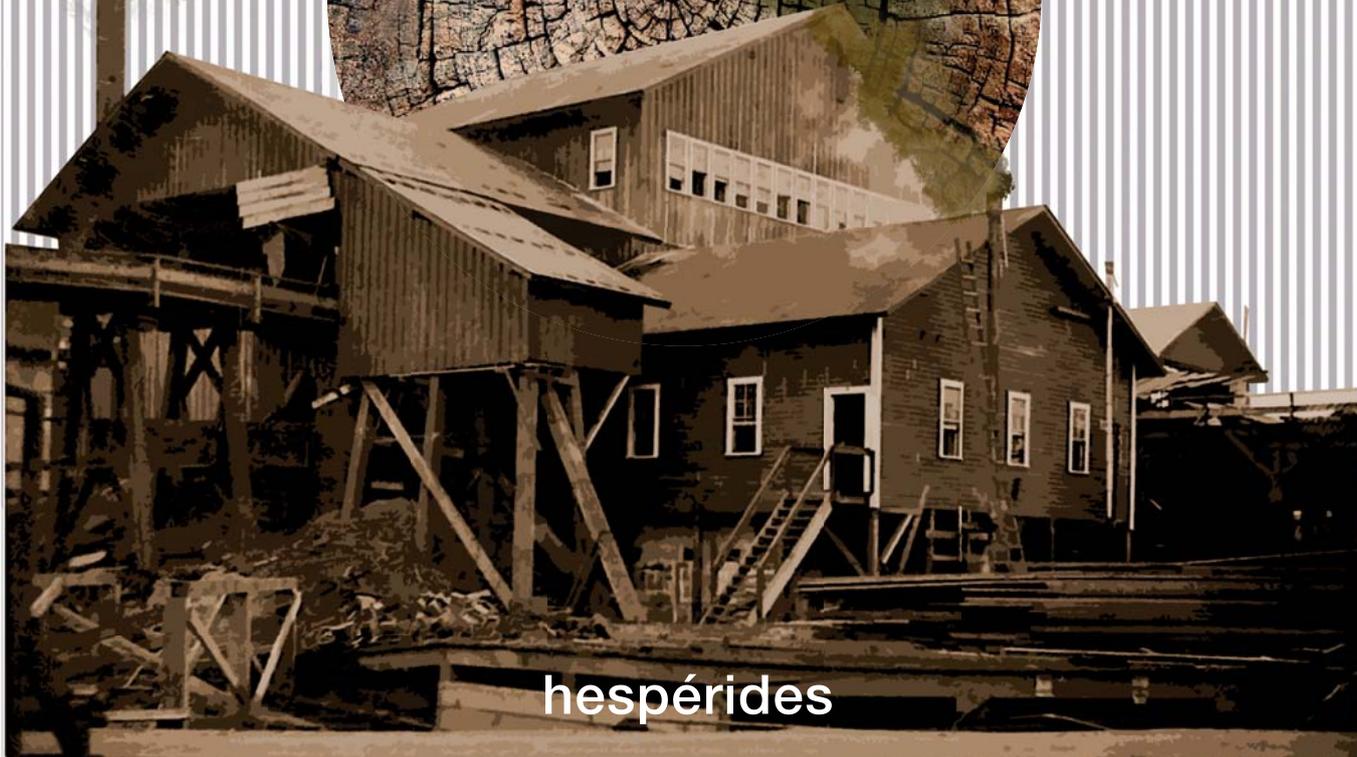


Tim Gautreaux

Luisiana, 1923

Traducción
José Gabriel Rodríguez Pazos

LHG



hespérides

TIM GAUTREAU

Luisiana, 1923

Traducción de José Gabriel Rodríguez Pazos



La
Huerta
Grande

ESLES DE CAYÓN
2022

Título original:
The Clearing
Traducción del inglés:
José Gabriel Rodríguez Pazos

© De los textos: Tim Gautreaux

Esta edición ha sido publicada en acuerdo con Sterling Lord Literistic y MB Agencia.

© De la traducción: José Gabriel Rodríguez Pazos

Madrid, mayo 2022

Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-18657-184

D. L.: M-6264-2022

Diseño de cubierta: La Huerta Grande

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra 27. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/ *Printed in Spain*

Para la impresión de este libro se ha utilizado papel con certificación FSC, ECF y PEFC

A Winborne

Me gustaría dar las gracias a mi editor, Gary Fisketjon, que hace muy bien su trabajo, con precisión, intensidad y corazón. Gracias a mi agente, Peter Matson, de Sterling Lord Literistic, por su excelente consejo y orientación. Debo una gratitud enorme a mi madre, a mi hermano y a mi hermana, Florence, David y Lyn, por tantas cosas como hicieron y tanto amor como compartieron, y especialmente a mi padre, Minos, que me llevó a los pantanos para enseñarme lo que quedaba de las cosas. A Clarence Adoue, que padeció en Francia y vivió para contarlo. Y gracias a tantos ancianos, ya fallecidos, que no sabían que yo estaba escuchando.

Capítulo uno 1923

En un apeadero de Luisiana, un hombre corpulento y rubio llamado Jules se bajó de uno de los vagones del servicio diurno. Detrás de la parada del ferrocarril había un asentamiento de doce casas, y él fue el único pasajero que se bajó. En cuanto su pie derecho tocó el andén color ceniza, el revisor tiró del estribo, que se movió bajo su talón izquierdo, los frenos de aire soltaron un resoplido y el tren empezó a moverse entre el ruido metálico que producían los acoples de los vagones.

Recordó las instrucciones que le habían dado y caminó en sentido sur por un ramal en el que crecían los abrojos, hasta que llegó a una locomotora de vapor que tenía enganchados un vagón de transporte de personal y cinco vagones de plataforma vacíos. El maquinista se asomó por la ventanilla de la cabina.

—¿Es usted el que viene a hacer la valoración?

Jules dejó su talega en el suelo, levantó la vista hacia el maquinista y a continuación miró a su alrededor a los enormes árboles que surgían de aquella agua negra como el petróleo.

—Ya veo que estás informado. Cualquiera diría que publican un periódico por estas ciénagas o que hay una emisora de radio para los aserraderos.

Era un maquinista enjuto: parecía que las carnes que le sobraban las hubiera consumido el calor de su locomotora.

—Las noticias vuelan de porche en porche. —Escupió sobre el extremo de una traviesa—. Lo único que le digo es que más vale

que el que compre esto sepa lo que hace. —Hizo un gesto hacia la parte de atrás del tren—. Súbase al vagón de personal.

La locomotora avanzó marcha atrás y se adentró en un bosque que no había sido talado. El vagón, de fabricación casera, se bamboleaba sobre raíles que en algunos tramos desaparecían bajo el barro. Después de unos pocos kilómetros, el tren dejó los cipreses y salió a la neblinosa luz de la explanada de un aserradero, donde Jules se bajó en marcha, mientras el tren se movía como una nube de madera que tronaba somnolienta. Observó las instalaciones y vio que eran más grandes que las del aserradero de Texas que acababa de cerrar, oxidado por el olvido y abandonado en medio de más de tres mil hectáreas de tocones de pino que babeaban resina. El aserradero que ahora tenía ante sí estaba formado por un buen número de naves de tejado metálico y tablas de madera gris, conectadas con la lógica de la vegetación: de la alta nave de la serrería salía, como una ramificación, la planta de cepillado, y de esta brotaban la nave de calderas y las numerosas tejavanas bajo las que se almacenaba la madera terminada. Estaba pisando un apestoso charco de color chocolate y, después de buscar en vano con la vista un sitio seco sobre el que situarse, se inclinó para meterse los pantalones dentro de las botas. Al enderezarse, vio un hombre con camisa blanca y chaleco que salía de una casa de madera y se dirigía andando hacia él. Cuando estaba a cincuenta metros, Jules pudo ver por su estrella que no era más que el alguacil, que quería ver quién era el forastero que había llegado a sus dominios. Detrás de él, la sierra roía sus troncos y los chorros de vapor se elevaban al cielo por encima de los tejados salpicados de carbonilla y se desviaban hacia el oeste proyectando sus oscuras sombras sobre el claro del bosque donde se ubicaba el aserradero. Una válvula de seguridad se abrió con un rugido encima de la sala de calderas y un hombre gritaba en dirección al estanque de los

troncos, mientras una recua de ocho mulos, acosados por las moscas y con el pelaje empapado en sudor, tiraban de un trineo para barro cargado hasta arriba de los trozos de madera que se utilizaban como combustible. Jules miró su reloj. Quedaba media hora para el almuerzo y todos los hombres de ese turno seguirían trabajando hasta que sonara el pitido del silbato.

El alguacil —de aspecto solemne y anchas espaldas— se acercó a él con paso lento.

—¿Qué le trae por aquí? —Echó hacia atrás su sombrero Carlsbad de abolladura central y lo miró con cara de póquer, como un idiota, o como alguien tan distraído que se ha olvidado de controlar la expresión de sus ojos.

—Tengo una cita con el gerente para estudiar los números. —Jules alargó el brazo y cogió la mano del alguacil, pero la dejó caer en cuanto pudo hacerlo sin que resultara ofensivo y pensó que, si un cadáver pudiera dar la mano, habría hecho algo muy parecido.

—Los números... —dijo el hombre, como si aquella expresión encerrase algún secreto significado. Detrás de él se escuchó un grito ahogado y el disparo de una pistola pequeña, cortante como una palmada, pero no se dio la vuelta.

Jules dio un paso y se situó sobre una traviesa.

—Estuve ayudando al gerente del aserradero de Brady, en el este de Texas, hasta que lo cerramos el mes pasado. El dueño..., bueno, vive en el norte y me encargó que viniera a Luisiana a buscar una nueva explotación por aquí. Quizás dos, si son pequeñas. —A lo lejos, tres hombres, que habían salido peleándose por la puerta de lo que Jules supuso que sería el *saloon* de la compañía, se revolcaban por el suelo—. Este es mi octavo aserradero en ocho días.

—Yo soy del norte —dijo el alguacil, dándose la vuelta para echar un vistazo rápido al alboroto.

Jules se fijó en cómo permanecía firme, con las manos en los bolsillos y meneando los pulgares como si fueran las orejas de un caballo.

—¿De verdad? ¿Y qué demonios hace aquí rodeado de caimanes?

En el porche del *saloon*, dos hombres le ataban a otro las manos detrás de la espalda: uno estaba arrodillado sobre sus hombros mientras el otro hacía el nudo.

—La oficina del gerente es aquella puerta roja que ve allí, en la nave principal —dijo el alguacil.

—Oiga, ¿por qué no...?

—Discúlpeme.

El alguacil comenzó a andar hacia la pelea, sin prisa, rodeando un enorme charco de barro, y Jules lo siguió unos cien metros, hasta que se paró bajo la banda de sombra que proyectaba la pared del almacén. En el *saloon*, dos hombres con gorras oscuras de lana y trajes ajustados como la piel de un sabueso arrastraban al hombre fuera del porche y en dirección al estanque, mientras este no paraba de gritar. El alguacil llegó a su altura cuando lo subían por el dique. Lo único que Jules le escuchó decir fue «Basta».

Uno de los hombres —orondo como un barril y con el pecho asomando bajo la chaqueta— señaló al agua.

—Solo queríamos darle una clase de natación a este hijo de puta —gritó—. Debe a la casa cincuenta dólares que no tiene.

El hombre con las manos atadas —un enorme serrador con pantalones de peto— flexionó las rodillas y se sentó en el suelo

—Señor Byron, estos italianos quieren ahogarme.

—¡Qué va! —dijo el gordo—. Solo queríamos ver cómo hacía burbujas y luego lo íbamos a sacar. ¿Verdad, Ángel?

Su compañero era un tipo macilento y de dientes separados, cuya única respuesta fue agarrar con más fuerza el cuello de la camisa del serrador.

—Desatadlo.

—Ni hablar —dijo el gordo y, con un movimiento rápido, el alguacil sacó una enorme Colt de debajo del chaleco y golpeó con ella al hombre en la cabeza, blandiéndola como si fuera un hacha y concentrando en el golpe el impulso del hombro y la espalda.

Jules se pegó a la pared del almacén y pudo distinguir el destello metálico del cañón sobre los pantalones negros, mientras el hombre caía de lado y rodaba abajo como un barril de petróleo. Su escuálido compañero se separó del serrador mostrando las palmas vacías de sus manos.

Por encima de Jules, en el porche del almacén, el encargado barría los terrones de barro que se desprendían de las botas y los lanzaba hacia afuera. Levantó la vista en dirección al estanque.

—Vaya —dijo, como si hubiera divisado una pequeña nube de lluvia que no esperaba.

—Se ve que hay problemas.

La escoba no aminoró el ritmo.

—Debería saber que no puede andar dando culatazos a esos espaguetis —dijo, girándose para barrer el borde del porche.

Jules puso una mano en la barbilla y observó cómo el serrador se ponía en pie y alargaba los brazos hacia el alguacil para que este cortara la cuerda con su navaja. Estaba pensando en la correspondencia que había mantenido durante años con un hombre al que no había visto nunca: el dueño ausente del ya inoperante aserradero de Texas.

—¿Cómo se apellida el alguacil?

—¿Quién quiere saberlo?

—El que va a decidir si se compra este aserradero o no.

La escoba interrumpió su susurrante monólogo.

—¿Es usted el tipo que decían que iba a venir a hacer la valoración? Muy bien. Pues con toda la madera que hay aquí, los que dirigen esto son incapaces de venderla. Se pasan el día mandando telegramas a todas partes, pero no venderían ni cuerdas de arpa en el cielo.

Jules fijó la vista en el encargado, un hombre pálido con unos brazos esqueléticos.

—Dígame cómo se apellida.

El encargado quitó un trozo de chicle que se había quedado pegado a las cerdas de la escoba.

—Aldridge.

Jules volvió la vista hacia el estanque, donde el más pequeño de los italianos, Ángelo, estaba acuclillado junto a su compañero y le daba palmadas en los carrillos ensangrentados.

—¿Sabes si el gerente está ahora en su oficina?

—Es el único sitio donde puede estar. Se cayó del caballo la semana pasada y se rompió un pie.

El encargado dio una última pasada con la escoba y se adentró en la densa oscuridad del almacén, mientras Jules se alejaba en dirección al atronador chirrido que salía de la serrería.

Al atardecer, después de haber examinado asientos contables, mapas, facturas, nóminas, encargos pendientes y las propias instalaciones, Jules se puso el sombrero y anduvo hasta la casa del alguacil, contento de llevar puestas sus viejas y gastadas botas de montar. A media tarde, la tormenta había transformado la explanada central del aserradero en una piscina de barro en la que se reflejaban las imágenes de las garzas y los cuervos, que se movían por encima con objetivos encontrados. El aserradero estaba perdiendo dinero porque lo dirigía un borracho de Ala-

bama, pero en realidad tenía un enorme potencial económico. Era una fruta en sazón lista para ser cogida.

El enclave se llamaba Nimbus —aunque ese nombre no figuraba en ningún sitio— y estaba recorrido por una maraña de senderos que serpenteaban entre la maleza y rodeaban tocones del diámetro de tanques de agua. Los capataces y el alguacil vivían en una hilera de casas amplias y despintadas, cerca de la vía del tren. Jules levantó la vista al oír la música intrascendente de una guitarra, cuyo rasgueo sonaba al fondo de un sendero como gotas de lluvia al golpear las latas amontonadas en la basura. Reconoció entonces el sonido amortiguado de un Victrola, que salía por la puerta mosquitera de la casa del alguacil, quien estaba sentado en una silla de enea, de espaldas a un decreciente sol rosáceo, con los ojos cerrados bajo su sobado sombrero. Jules se acercó y escuchó la quejumbrosa voz de una canción que hablaba de una acogedora cabaña en un bosque de pinos, donde un aya negra espera con los brazos abiertos. Los ojos del alguacil se movían bajo sus párpados como criaturas de un mundo subterráneo, sin seguir el compás de la música. A Jules le costaba reconciliar aquella canción edulcorada con la violencia del mediodía. Tosió.

—Ya sé que está ahí —dijo el hombre sin abrir los ojos.

Jules se quitó su sombrero Stetson.

—Bonita música.

—Estoy intentando que vuelva a ser como era —dijo el alguacil en voz baja.

—¿Perdón?

—Esta canción. Antes era de un modo. Ahora es de otro.
—En el interior de la casa la música cesó y se escuchó el clic del final del disco.

Jules volvió a ponerse el sombrero, menos calado que antes, y levantó la vista por encima de las tablas de la base del porche,

doradas por el sol. La fotografía que había visto una vez retrataba a un hombre más joven, pero este era el que habían estado buscando durante años.

—Las cosas cambian cuando las manecillas del reloj dan vueltas —dijo Jules.

Cuando Byron Aldridge abrió los ojos, parecían los de un caballo estrangulado en una alambrada de espino.

—¿Y viviré para volver a ver las cosas como eran antes?